

Los tres primeros minutos de la Revista Española de Sociología (RES)

The first three minutes of the Spanish Journal of Sociology (RES)

Cristóbal Torres Albero

Departamento de Sociología, Universidad Autónoma de Madrid. España / Spain

crisobal.torres@uam.es

Recibido / Received: 04/07/2016

Aceptado / Accepted: 26/08/2016

RESUMEN

En este texto del primer director de la Revista Española de Sociología (RES) se rememora el proceso de fundación y los diez primeros años de esta revista. A partir de ahí, y como réplica al artículo precedente sobre las políticas editoriales en las revistas de sociología, refiere algunas ideas sobre la importancia del reconocimiento y la evaluación anonimizada por pares en el quehacer científico que, no obstante, no pueden obviar que la lógica de lo social también opera en la república de la ciencia generando fenómenos de índole particularista o de acumulación de desigualdades, especialmente cuando se maximizan las oportunidades de las propias carreras en detrimento de las de los colegas.

Palabras clave: Comunidades científicas; sociología; revistas de sociología; evaluación por pares; particularismo.

ABSTRACT

In this remark the first director of the Spanish Journal of Sociology (RES) makes an account of the foundation and the first ten years of the journal. In reply to the essay on "editorial policy for sociology journals", published previously in this issue, the importance for the scientific work of both acknowledgement and anonymous peer review is highlighted. However, for understanding the rationale of the journals it is necessary to take into account that social processes are fully present in the "republic of science". Sometimes particularistic phenomena and accumulation of inequalities arise, especially when scientists try to maximize the opportunities for their careers in opposition to other colleagues' careers.

Keywords: Scientific communities, sociology, sociology journals, peer review, particularism.

Autor para correspondencia / Corresponding author: Cristóbal Torres Albero. Dirección postal: Universidad Autónoma de Madrid. Departamento de Sociología. Ciudad Universitaria de Cantoblanco · 28049 Madrid. España / Spain

Sugerencia de cita / Suggested citation: Torres Albero, C. (2016). Los tres primeros minutos de la Revista Española de Sociología (RES). *Revista Española de Sociología*, 25 (3): 445-451

INTRODUCCIÓN

Escribo estas líneas por invitación del actual presidente de la Federación Española de Sociología, Manuel Fernández Esquinas, como réplica a su texto sobre las políticas editoriales en las revistas de sociología, todo ello al hilo de mi experiencia como primer director y cofundador de la RES. Poco podré rebatir en la parte de la discusión crítica del texto principal por cuanto que estoy plenamente de acuerdo con la práctica totalidad de los aspectos que plantea y de los argumentos que sostiene el también actual director de la Revista Española de Sociología. Pero sí podré narrar mi experiencia al frente de la RES durante sus primeros diez años de vida (de ahí el guiño al legendario título del físico Steven Weinberg). Sobre la experiencia obtenida en esta revista y otras revistas en las que me he visto involucrado en el último decenio, pretendo aportar algunas esquemáticas ideas que complementen lo ya expuesto en el texto de referencia.

ORIGEN Y DESARROLLO DE LA RES

En el origen de la Revista Española de Sociología se encuentra María Ángeles Durán quien, tras acceder a la presidencia de la FES en 1998, comenzó a pensar en algún tipo de iniciativa que robusteciera el cuerpo asociativo de la Federación Española de Sociología y le abriera nuevos espacios en el universo de sus potenciales actividades. Sin duda una revista bajo el paraguas institucional de la Federación Española de Sociología era una apuesta tan clarividente como necesaria pero, con los escasos recursos de los que se disponía, también arriesgada en una disciplina y un ámbito geográfico poco habituados, ni tampoco especialmente proclives, a sumar novedades en las tareas propias de una comunidad científica. Tras una gestión del proyecto de casi dos años, que incluyó redefinir el boletín de noticias que previamente publicaba la FES y el visto bueno de la comisión ejecutiva y de la asamblea federal, el proyecto se puso en marcha. Después de alguna tentativa con personas de mejor condición y cabeza que la mía, y merced a la me-

diación de mi maestro Miguel Beltrán, la propuesta para dirigir la revista recayó en mí.

No lo dudé ni un momento, seguramente imbuido de esa moral alcoyana de mi *terreta* natal, dada mi temprana afinidad electiva con la tarea de construir pautas propias de las comunidades científicas en lo que a veces solo son espacios de titularidad pública ocupados por actores con valores y fines bien distintos. Dado el dilatado tiempo que llevó la concreción de la idea, y la inminencia del siguiente congreso de la FES (septiembre de 2001 en Salamanca), estuvimos de acuerdo en que presentar el primer número con ocasión del referido evento se antojaba crucial para concretar, publicitar y dar impulso a la iniciativa. En estas circunstancias acordamos que ese inicial número cubriera la sección de artículos con un monográfico que debatiera sobre el presente y el futuro de la sociología en España, que coordinaría la propia presidenta de la FES, y que yo como director me encargaría del resto de secciones y labores, dado que no fue posible encontrar un secretario del Consejo Editorial. Los ofrecimientos terminaron con negativas ante la preferencia por invertir las juveniles energías en proyectos y publicaciones de orientación internacional que ya se antojaban con mayores réditos. De una de esas tareas que asumí todavía me siento especialmente satisfecho. Me refiero al diseño de una sección abierta dedicada a los debates y que en ese primer número se concretó con el título de "Vidas de Sociólogos". Se hacía un ejercicio autobiográfico, en el mejor estilo de la propuesta reflexiva para la sociología de Wright Mills, de los profesores Salvador Giner y Alfonso Ortí. Al releerlas todavía no acierto con las palabras que expresen públicamente mi agradecimiento a ambos maestros y amigos por tan sincero y fino ejercicio de la lógica sociológica sobre sus propias vidas.

Como se indica en la presentación de ese primer número, la idea inicial de la FES fue que tuviera una periodicidad semestral y un carácter monográfico en sus contenidos, con el fin de recoger el trabajo de los distintos grupos o comités de investigación que, se pensaba, se materializaría con ocasión de los congresos trienales o de sus encuentros intermedios. Sin embargo, pronto constatamos la imposibilidad de tal planeamiento.

Para empezar la presidencia de la FES era por un trienio (empezaba tras un congreso y terminaba con el siguiente), por lo que la continuidad de la revista debía esperar a que comenzase a rodar el nuevo mandato. Afortunadamente el nuevo presidente, Pepe Almaraz, confirmó el proyecto y sumó al mismo el buen hacer de Javier Rodríguez como secretario del Consejo Editorial. Ante las magras cuentas económicas de la FES de común acuerdo decidimos continuar la publicación con un único número al año. Y, dado que tras un año se constató la falta de propuestas de monográficos provenientes de los congresos, los tres coincidimos en las ventajas de reorientar la iniciativa hacia un planteamiento más propio de las revistas científicas, es decir, abierto a la recepción de textos originales, sin descartar eventuales números monográficos de orientación más profesional.

Y así comenzamos a funcionar, recurriendo a amigos y colegas para las diversas tareas como la evaluación anónima de los artículos, la búsqueda de una imprenta, etc., y con la ayuda de Charo Llera para organizar la distribución de la revista a los socios individuales y colectivos, así como a las asociaciones territoriales. Tampoco fue fácil conseguir textos que superasen el listón de calidad que las exigentes evaluaciones establecieron, pero el colegio invisible que constituimos en el Consejo se movilizó para dar impulso a esos primeros números. Todos tuvimos claro desde el primer segundo de la galaxia RES que el estándar de rigurosidad en los contenidos, y en los procedimientos y estándares evaluativos, debía estar a la altura de las mejores revistas de sociología de nuestro país, a pesar de la modestia de recursos con los que comenzamos esta aventura.

Varias anécdotas guardo de aquella primera época que ilustran las diversas y heterogéneas tareas que como director iba asumiendo. La más recordada tuvo que ver con ocasión de un reprochable atentado de la organización terrorista ETA en Madrid que se produjo a finales de 2001. Ese día en cuestión había quedado en recoger en la sede de la Fundación Juan March, en pleno madrileño barrio de Salamanca, los numerosos ejemplares sobrantes del congreso de ese mismo año celebrado en la Universidad de Salamanca, y que el profesor

Modesto Escobar había transportado, con notable esfuerzo, hasta allí desde esa ciudad. Estos números estaban contenidos en varias voluminosas y pesadas cajas de cartón, por lo que el personal de la March me prestó una carretilla horizontal con el fin de facilitar su traslado a mi coche, aparcado a un par de manzanas. Mientras recorría ese buen tramo, las noticias sobre una persecución policial por las calles de Madrid del comando terrorista ya habían trascendido a través de la radio. Ha sido el momento de mi vida en el que, con mucho apuro mental, mejor he podido comprobar en propia persona lo que implica estar sometido a un férreo control social, puesto que mi lento acarreo de la carretilla por las aceras se acompañaba de las continuas y atentas miradas de los porteros y vecinos de cuantas fincas urbanas iba sobrepasando. Las visitas a la imprenta EFCA donde se maquetaban, imprimían y encuadernaban los primeros números, sita en un polígono de Torrejón de Ardoz, también podrían ser motivo de unas cuantas anécdotas más por cuanto sus dueños formaban parte de una estirpe de profesionales de la Galaxia Gutenberg ya prácticamente desaparecida.

Con el nuevo congreso de Alicante en 2004 la presidencia de la FES recayó en Manuel Pérez Yruela, quien también tuvo que realizar un fino ejercicio de ajuste económico para posibilitar la continuidad de la revista y alentó el primer proceso de la revista para asumir referentes de concordancia internacional. A partir de finales de ese año, y ya para la edición del quinto número, se incorporaron a la secretaría de la revista dos jóvenes compañeros de mi Departamento en la Autónoma de Madrid, Juan Zarco y Carlos Fernández Rodríguez. La cercanía que nos permitía la vida académica cotidiana, las mayores posibilidades para repartir los esfuerzos y la continuidad y regularidad de los cuatro años anteriores, contribuyeron a mejorar y a asentar definitivamente el proyecto que, por otra parte, contaba con cada vez mayor disponibilidad de textos para su evaluación y eventual publicación. En paralelo hicimos posible que los contenidos de la RES estuvieran disponibles, de manera abierta, en la página web de la FES, aun cuando al principio se optó por embargar el último número publicado dado que la revista se ofrecía

gratuitamente a todos los socios de las asociaciones territoriales de la Federación, junto a los socios individuales, algo que posteriormente fue modificado debido a los problemas de distribución que generaba. Todo ello, al hilo de la definitiva consolidación de la sociedad de la información y el conocimiento, con el fin de incrementar su visibilidad e impacto.

En 2007 la FES celebraba su 25 aniversario, por lo que se acordó dedicar un número monográfico a tal evento, que ya suponía el séptimo. En paralelo se mantuvo la publicación del regular número no monográfico, por lo que ese año supuso que la periodicidad de la RES pasara de facto a ser bianual. Con Emilio Lamo de Espinosa como nuevo presidente de la FES, tras el congreso de Barcelona en 2007 y la inevitable reflexión sobre la viabilidad económica, la revista incorporó al Consejo Editorial a seis destacados colegas extranjeros: Aaron Cicourel, José Luis García, Luciano Pellicani, Alejandro Portes, Michel Wieviorka y Agnès van Zanten.

Aun cuando desde 2005 la revista ya había introducido pautas de estandarización y convergencia internacional, a partir de los criterios que fija Latindex y en la línea de las normas universalistas de la evaluación anónima por pares que habían regido en la revista desde los primeros números, fue a partir de 2008 cuando comenzamos con el proceso de tratar de incluir a la revista en las dos grandes bases de datos internacionales de contrastado prestigio, Web of Science (Thomson Reuters) y Scopus (Elsevier). En esta tarea la labor de Carlos Fernández, que ya actuaba en solitario como secretario del Consejo, fue fundamental dado que se encargó de estudiar la prolija normativa que implicaba presentar la candidatura a ambas bases, así como de organizar la documentación requerida. De la estadounidense Thomson Reuters nunca tuvimos noticia alguna. Algo que no nos extrañó, en parte por la larga dilación que establecía para dar una respuesta. Pero también por la propia dinámica de esa empresa, mucho más restrictiva para el mercado editorial no anglosajón o con pujanza globalizadora, puesto que asume directamente como un costo nuevo en sus estudios bibliométricos (que se traducen en su conocido factor de impacto) cada nueva incorporación. Sin embargo, con

Elsevier, radicada en Europa y mucho más abierta a la diversidad cultural europea y el ámbito latinoamericano, y que ha externalizado en prestigiosos equipos universitarios de bibliómetras el cálculo de los factores de impacto, sí tuvimos respuesta y fue positiva, aun cuando la noticia todavía tardó en llegar un cierto tiempo.

Con el fin del mandato de Emilio Lamo de Espinosa en el Congreso de 2010 de Pamplona, y tras diez años en la dirección de RES, estimé que era necesario darle un nuevo impulso a la revista y que ésta tenía que cobrar una nueva dimensión alejada de quien la había sostenido desde su origen. Tanto Carlos como yo habíamos consumido muchas energías en el proyecto, estábamos cansados y teníamos que echarnos a un lado para favorecer ese cambio. Sin duda la elección de Julio Carabaña como nuevo director, quien formaba parte del Consejo de Redacción de la RES desde el segundo número, constituyó una acertada decisión por cuanto a su reconocida valía académica sumaba la experiencia adquirida en las sesiones del Consejo. Así que en una tarde del otoño de 2010 entregamos los materiales ya preparados para su publicación en el número 15, correspondiente al primer semestre de 2011, así como el resto de documentación necesaria para la continuidad en la gestión y las evaluaciones, a Julio Carabaña y, a quien iba a ser la nueva secretaria del Consejo, Dulce Manzano Espinosa. A las pocas semanas del traspaso nos llegó la respuesta positiva de Scopus respecto de la inclusión de la RES en su base de revistas indexadas. Con gran alegría nos apresuramos a reenviársela a los nuevos responsables. Ahora ya estaba claro que una nueva y más positiva etapa de la Revista Española de Sociología había comenzado. Los casi seis años que han pasado desde entonces creo que me han dado la razón. Y los encomiables esfuerzos del actual equipo, con Manuel Fernández Esquinas al frente de un equipo de jóvenes coeditores (Carlos Fernández, Dulce Manzano, Ana López Sala, Matilde Massó y Cecilia Díaz Méndez), para dar un nuevo salto en su mejora me llenan de satisfacción. De momento ya han conseguido recientemente el sello de calidad de la FECYT para las revistas científicas, y su trabajo para ingresar

en el Social Science Citation Index de la Web of Science (WOS) de Thomson Reuters va convenientemente orientado. Algún día nos deben contar por escrito el rumbo de todo ese proceso que ahora vivimos.

LAS REVISTAS DE SOCIOLOGÍA EN LA REPÚBLICA DE LA CIENCIA

Si hasta aquí me he extendido en la narración, con la tal vez ilusa esperanza de que en el futuro lejano le puedan resultar útil a algún historiador de la ciencia (especialidad en el pequeño campo de la sociología en España), en las líneas que siguen voy a comentar algunas cuestiones a partir de los aspectos que más me han llamado la atención del artículo del profesor Fernández Esquinas.

El texto arranca poniendo de manifiesto las múltiples funciones de las revistas científicas. Existe consenso en la sociología de la ciencia al respecto. Sin embargo, conviene recalcar que la actividad científica, en tanto que institución social, se estructura como un sistema de comunicaciones que, a la vez, es un sistema de recompensas y que, de esta forma, se ejerce el control social en la institución. El reconocimiento, que es la primigenia recompensa y se erige en el fundamento de un elaborado sistema de prestigio, se conforma como el equivalente del dinero en la estructuración de las sociedades. De esta manera, reconocimiento y prestigio se traducen en la capacidad para conseguir recursos, posiciones, influencias, etc.

Este hecho se constata cuando rastreamos en la historia el momento en que se consolidaron las revistas científicas. Algo que sucedió en la Inglaterra del siglo xvii, y más concretamente en una de las primeras sociedades científicas —la Royal Society—, que estableció oficialmente la prioridad en los descubrimientos mediante el registro de la fecha de recepción de las diversas comunicaciones en la sede de esta sociedad científica. Es en este momento en el que puede identificarse lo más parecido a un contrato social entre los entonces llamados “filósofos de la naturaleza” (el término científico no se generalizará hasta el siglo xix), y la constitución de la ciencia como institución so-

cial, puesto que hasta ese momento los hallazgos se publicaban de forma parcial o codificada, o se mantenían en secreto, ante la falta de un mecanismo formal de reconocimiento de las más valiosas contribuciones.

La cuestión es importante no sólo porque explica la supervivencia de las revistas a lo largo de los últimos cuatro siglos, sino porque también da cuenta de lo que está implícito en ese contrato social y que, por tanto, es consustancial en el funcionamiento de las propias revistas científicas: un sistema de evaluación por pares. Acierta el profesor Fernández Esquinas tanto en vincular las revistas con la más amplia organización de los sistemas de I+D, como en la identificación de varias etapas de las revistas científicas (los estadios 1 y 2). Pero la clave está en la institucionalización de ese contrato social y en su elaboración y formalización a lo largo del tiempo. Algo que ha supuesto su concreción hacia un principio de legitimación, siguiendo a Weber, de índole legal-racional conforme la actividad científica de un lado y, de otro, el Estado y la más amplia social civil vinculaban y estrechaban sus intereses y demandas. Así pues, y al igual que en otras esferas de la sociedad, en la actividad científica la legitimación a través de la tradición (maestro-discípulos) o el carisma (los genios) dio paso, con la definitiva consolidación de la sociedad industrial, a la de índole legal-racional que priorizó la elaboración y formalización de un sistema de árbitros anonimizados.

Pero como cualquier aplicado estudiante de grado podría señalar, la emergencia de toda institución y su constitución como un orden social no solo implica la aparición de un sistema de legitimación, sino también la presencia de fenómenos tan universales como el poder, la desigualdad, el conflicto, etc., concomitantes todos ellos con el desarrollo de una específica estructura social singular. Uno de los más destacados elementos de esta singular estructura social es la elaboración de un sistema automatizado de distribución del reconocimiento y el prestigio gracias a la tradición académica de los estudios bibliométricos dedicada al estudio de las pautas de comunicación científica. En efecto, gracias a la aplicación de la ciencia sobre la ciencia, una de las muchas formas en la que se manifiesta

el hecho social de la reflexividad, aparecieron los llamados factores de impacto, sobre la base del valor otorgado a las citas de textos científicos. Sin duda, una tecnología social que supone un punto de avance en el desarrollo legal-racional de las comunidades científicas, aun cuando en la comunidad sociológica española todavía es muy remisa a generalizar una pauta habitual de citas de colegas de la propia comunidad. Algo que nos diferencia y singulariza de lo que ocurre en otras disciplinas de las ciencias sociales españolas. Y que se constata en los muy bajos niveles de impacto que tienen las revistas de sociología españolas comparadas con otras revistas hispanas de campos como, por ejemplo, la pedagogía o la psicología.

Por otro lado, santificar sin más las clasificaciones resultantes de estos rankings, descontextualizando las lógicas, estrategias e intereses a los que responde la cita y, por consiguiente, las clasificaciones resultantes, obviando las prácticas particularistas y oportunistas, supone una indiciaria mácula en el currículum de quienes, en definitiva, solo tratan de obtener su propia distinción frente al cúmulo de colegas. Como han concluido tanto Bourdieu como las contemporáneas sociologías del conocimiento científico, en el contemporáneo y sofisticado sistema de reconocimiento los científicos no dejan de comportarse como inversores tratando de maximizar sus inversiones en lo que hace a la elección de los temas que investigar, los lugares donde publicar, etc. Hasta ahí una práctica social, como cualquier otra. Pero pocos hechos tan paradójicos pueden registrarse en la realidad social, y tan ilustrativos de la condición humana, como el de algunos destacados científicos sociales, obviando el cúmulo de consecuencias queridas y no queridas, de principios universalistas, pero también de lógicas particularistas, de valores meritocráticos a la vez que de profundos resultados de acumulación desigual (el conocido efecto Mateo que identificó Merton en la estructura social de las comunidades de las ciencias físico-naturales), que acontecen en el reparto del prestigio y del reconocimiento en las ciencias sociales contemporáneas. Y todo ello con tal de otorgarse a sí mismos, y a su grupo de referencia, una condición de excelencia, y por tanto de prerrogativa en el acceso a los siempre escasos

recursos del sistema de I+D que, con indubitable apresto, niegan a sus competidores.

En esta línea, ha sido esta misma apuesta por la ciencia en el análisis de la actividad de los científicos lo que ha puesto de manifiesto que ni siquiera el institucionalizado sistema de evaluación anonimizado por pares es inmune a la lógica particularista de lo social. No es solo que los científicos prefieran priorizar la producción de textos (crear la demanda) a su evaluación (controlar la oferta), dado el diferencial rédito otorgado por la institución científica a una y otra tarea, sino que el propio sistema de control no siempre opera conforme a las previsiones de los formales valores universalistas que formalmente rigen la institución. Este ha sido uno de los grandes hallazgos de la primera sociología de la ciencia que cuestionó las propuestas de Merton sobre el *ethos* científico plasmado en los famosos *cudeos* y que, de la mano de autores como Michael Mulkay y con la tesis de Thomas S. Kuhn sobre la ciencia normal como guía, aportaron sólidos argumentos y recurrente evidencia empírica de que era el específico corpus conceptual y metodológico que los científicos profesaban lo que decantaba el juicio evaluador de los mismos. A lo que puede sumársele, por ejemplo, todo lo que el enfoque de la elección racional o la filosofía postanalítica de la ciencia nos dicen acerca del procesamiento fragmentario y equivoco de la información, las pautas interesadas en la interacción social, la carga teórica de la observación, la infradeterminación de las teorías por la evidencia, etc. En definitiva, muchos factores que implican tomar con cautela cualquier intento de sacralizar un proceso, como el de la evaluación, que a menudo parece regirse más por una lógica azarosa, propia de la teoría del caos, que por principios lineales y previsibles enunciados por la tradición racionalista de la filosofía de la ciencia.

Esta lógica social particularista también alcanza a la diferencial selección de contenidos que las revistas con mayor demanda, por tener factores de impacto más alto, aplican a los textos recibidos. Un colega del campo de los estudios de comunicación me contaba, con cierta gracia, cómo los textos que estudiaban las películas de Pedro Almodóvar, por mor de su impacto global, gozaban de una notable simpatía en sus evaluaciones entre

las revistas anglosajonas de mayor impacto en la WOS, mientras que quienes profesaban interés por otras etapas del cine español (como por ejemplo la de Alfredo Landa) tenían las puertas bien cerradas en esos templos sagrados. No es de extrañar por tanto que quienes buscan de manera interesada la distinción de la excelencia opten por, *mutatis mutandis*, los temas almodovarianos en su trabajo. Solo que quienes optan por otras preferencias en la elección de sus temas de trabajo, como algunos habituales en el landismo sociológico español, no pueden ser relegados por este único hecho de la condición de excelentes que con fruición exhiben los más cosmopolitas.

Todo este cúmulo de cuestiones y problemas que pueden identificarse en la república de la ciencia se ven redoblados con la actual irrupción de la sociedad de la información y del conocimiento, con la inevitable explosión informativa y la articulación de unos sistemas de I+D cada vez más centrales y, por tanto, cada vez de mayores dimensiones y sometidos a más tensiones y disputas. De ahí que comiencen a surgir formas alternativas de comunicación científica, como la que supone la revista digital PLOS ONE y de la que cuenta el texto del profesor Fernández Esquinas, o que la globalización alcance también a la vida científica con la consiguiente hegemonía del inglés como lengua de intercambio global. Algo natural y comprensible si no se concibe de manera incompatible con la propia lógica identitaria de las comunidades científicas, y de sus sistemas de I+D, nacionales. Cuestión esta que también puede extrapolarse a la propia selección de temas de trabajo y a la necesaria labor de divulgación de los hallazgos científicos entre la ciudadanía. Puesto que obviar ese vínculo con la propia sociedad de referencia que financia y concreta las organizaciones de trabajo (universidades,

centros de investigación, fundaciones, etc.) no sólo es un sinsentido científico (¿para qué la ciencia?), especialmente en el caso de las ciencias sociales ocupadas de una realidad social contextual y heterogénea, sino también la plasmación de la falta de compromiso social alguno.

Con todo serían muy parciales estas líneas de mi contribución al debate si, para finalizar, no dejara bien claro que todos los problemas actuales y particularismos que acechan a la dinámica contemporánea de las revistas españolas de las ciencias sociales en general, y de la sociología en particular, no han supuesto ningún retroceso en el avance en la frontera del conocimiento que hemos protagonizado en las últimas décadas. Todo lo contrario, no solo la mejora ha sido considerable sino que, a mi entender, en las expectativas de futuro las luces superan a las sombras. Solo necesitamos alumbrar con el candil del rigor y el examen objetivo esos sombríos rincones del complejo edificio que llamamos ciencia. Hace ya tiempo que el análisis del quehacer científico no puede limitarse a la idea de una búsqueda desinteresada de la verdad aunque, en tanto que científicos estudiando científicos, tampoco podemos sustraernos a las reglas que permiten el incremento y el progreso del conocimiento sobre nuestro objeto. Otra paradoja de la realidad social que debe explorarse y no obviarse.

NOTA BIOGRÁFICA

Cristóbal Torres Albero es catedrático de universidad en el Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid. Su campo de trabajo prioritario es la sociología de la ciencia y la tecnología así como los estudios sociales de la sociedad de la información y del conocimiento.

